

Impresiones del científico, naturalista y viajero Felix Leonard Oswald Ríos y selvas en la cuenca occidental de la Laguna de Términos, segunda mitad del siglo XIX

Impressions of the scientist, naturalist, and traveler Félix Leonard Oswald
Rivers and jungles in the western basin of the Laguna de Términos,
second half of the 19th century

Jobanna von Grafenstein
Instituto José María Luis Mora, México

Resumen: en este artículo se analizan las percepciones de un viajero de origen belga, Felix Leonard Oswald, quien recorrió México, Guatemala y Honduras en los años sesenta y setenta del siglo XIX. Con base en la literatura de viajes, la historia natural, ambiental y de los sentidos se aborda la relación entre el viajero y la naturaleza: sus apreciaciones sobre el paisaje natural y el "paisaje humano" en el entorno del río Usumacinta. Asimismo, y de acuerdo con el pensamiento científico-naturalista de Alexander von Humboldt, Henry David Thoreau y Charles Darwin, se exponen las concepciones racistas de la época entre viajeros europeos y norteamericanos, aspectos matizados por los dibujos que acompañan el libro de viajes escrito por Oswald.

Palabras clave: Relatos de viaje; Historia natural y ambiental; Percepciones; Viajeros del siglo XIX; Paisajes fluviales; Río Usumacinta.

Abstract: This article analyzes the perceptions of a traveler of Belgian origin, Felix Leonard Oswald, who traveled through Mexico, Guatemala, and Honduras in the 1860s and 1870s. Based on travel literature, natural, environmental, and sensory history, it addresses the relationship between the traveler and nature: his assessments of the natural landscape and the 'human landscape' in the surroundings of the Usumacinta River. Likewise, and in accordance with the scientific naturalist thinking of Alexander von Humboldt, Henry David Thoreau, and Charles Darwin, the article presents the racist conceptions of the era among European and North American travelers, aspects nuanced by the illustrations that accompany Oswald's travel book.

Keywords: Travel stories; Natural and Environmental History; Perceptions; 19th-century travelers; River landscapes; Usumacinta River.

DOI: <https://doi.org/10.22201/ciialc.24486914e-2026.82.57771>

Recibido: 4 de febrero de 2025

Aceptado: 29 de mayo de 2025

D.R. © 2026 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México.
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

e-ISSN-2448-6914

INTRODUCCIÓN

Esta investigación¹ es una propuesta de análisis que quiere mostrar cómo fue percibido el paisaje fluvial del Bajo Usumacinta² y del río Palizada por un viajero que recorrió amplias regiones de México, Honduras y Guatemala después de la restauración de la República en México en 1867. El artículo se propone examinar este testimonio desde tres enfoques: la literatura de viaje, la historia natural y ambiental, la historia de las percepciones y emociones. La fuente analizada no ha sido considerada en los estudios sobre la región mencionada, ni para las diferentes provincias de México que visitó el autor, ya que se trata de una fuente desconocida en la literatura sobre México.

La diversidad de fauna y flora de la selva tropical que delimitaba la Laguna de Términos en sus orillas occidentales encuentra un amplio tratamiento en el texto. Si bien la explotación de su principal recurso forestal, el palo de tinte,³ se había iniciado desde siglos anteriores, todavía no se había llegado al punto máximo de extracción de esta madera tintórea, ni había iniciado el llamado ciclo de explotación del chicle en los bosques al sur de la laguna, que marcará las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, y mucho menos la transformación del paisaje fluvial por la ganadería y agricultura a gran y pequeña escala o por el impacto de la extracción petrolera que traerá consigo la contaminación del entorno del delta y la Laguna. Sobre la explotación de palo de tinte y del chicle en los bosques de la cuenca de la Laguna son fundamentales las publicaciones de Claudio Vadillo y Rosa Torras (Vadillo 1994; Torras 2012; Torras 2019) Conangla ha acuñado el concepto de *región depredada*⁴ para referirse a la cuenca y los diversos ciclos de explotación de recursos naturales, por las élites locales de El Carmen y Palizada, así como por compañías norteamericanas en el caso de la

1 Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT IN401022.

2 La región del Bajo Usumacinta ha sido definida como una amplia subregión que a su vez incluye tres zonas identificables: el delta, la zona oeste y la zona este. El delta estaría conformado por el Usumacinta mismo, que confluye con el Grijalba antes de verterse en el Golfo de México; el río San Pedro y San Pablo que también desemboca en el Golfo y el río Palizada que desagua en la Laguna de Términos.

3 También llamado palo de Campeche, cuyo nombre científico es *Haematoxylum campechianum*. Junto con otras maderas tintóreas como el palo de Brasil, el palo de tinte tuvo gran importancia como materia prima en la elaboración de tintes para la industria textil, antes de la introducción de los colorantes químicos. Véase Villegas; Torras 2014: 79. El tema de la explotación del palo de tinte está presente en el libro de Oswald, pero sólo aparece en algunas menciones sobre los cortadores de madera que recorrían en sus pequeñas embarcaciones el río y acerca de las herramientas que se transportaron sobre el mismo para sus colonias en la selva.

4 Véase el protocolo del proyecto referido en nota 1.

extracción de la resina. Junto con Pascale Villegas, Rosa Torras ha publicado sobre colonos extranjeros, asentados en Campeche y El Carmen, sus intereses en la exportación del palo de tinte en el siglo XIX (Villegas; Torras 2014). Villegas tiene varias publicaciones sobre los cónsules franceses en Campeche; especialmente rica en información sobre las exportaciones de palo de tinte de El Carmen es su libro sobre la correspondencia diplomática de varios de sus representantes (Villegas 2022).

Por otra parte, el Usumacinta, en toda su extensión ha sido objeto de estudio de un grupo de investigadores, coordinado por Mario Humberto Ruz, cuyos resultados se publicaron en artículos y en el libro colectivo *Paisajes de ríos. Ríos de paisajes* (Ruz 2010) que es sin duda el esfuerzo colectivo más abarcador para conocer los diferentes ecosistemas que se han formado a lo largo de los 1123 km de extensión del río: la riqueza de fauna y flora, pero también la degradación del río y sus entornos; la colonización de la región en una perspectiva histórica amplia, desde tiempos prehispánicos hasta el siglo XX; los asentamientos humanos en algunos centros urbanos y gran número de pueblos pequeños; la precaria vida de pescadores y pequeños agricultores y, finalmente, el interés de “explotar” el río con base en el concepto de “ecotursismo” en las últimas cuatro décadas (Ruz 2010).

El testimonio que dejó Felix L. Oswald en su libro *Recorrerías en las selvas de México y América Central*,⁵ del paisaje fluvial del Bajo Usumacinta permite conocer el segundo río más caudaloso de América, después del Amazonas, en un estado en el que la intervención del hombre no había aún alcanzado los efectos destructores que marcarán la región un siglo después.

Los siguientes enfoques se tomarán en cuenta en el análisis del libro. Desde el punto de vista de la literatura de viaje, queremos retomar los planteamientos de los siguientes autores: los conceptos desarrollados por Marie Louise Pratt en su clásico libro *Ojos imperiales* permiten analizar algunos de los encuentros entre el viajero y la población local. (Pratt 2010) Útil nos han sido también las reflexiones de Giorgia Alú y Sarah Patricia Hill sobre la relación entre imagen y texto en los relatos de viaje (Alú; Hill 2018); igualmente son de interés los

⁵ Para esta investigación utilizamos la edición de 1884 en alemán cuyo título es *Streifzüge in den Urwäldern von Mexiko und Central – Amerika*. La traducción del título y de pasajes del texto al español es nuestra. El número de páginas que indicamos en citas textuales, corresponden a esta edición. La edición en inglés es de 1880 y lleva como título *Summerland sketches or rambles in the backwoods of Mexico and Central America*.

planteamientos de Antoine Ventura, aunque sus reflexiones sobre viajeros del siglo XIX solo se limitan a la última parte de su artículo. El autor hace hincapié en que la “práctica del viaje de exploración de la naturaleza” se fue reduciendo a partir de mediados del siglo, al mismo tiempo que estaban desapareciendo las expediciones oficiales y sólo se mantenían expediciones financiadas por intereses privados.⁶ (Ventura 2016: 52) Observaciones que también aportan a nuestro trabajo, encontramos en Thea Pitman *Cuadernos de Viaje, Contemporary Mexican Travel-Chronicles*; la autora precisa que el concepto de paisaje, en su valor estético, apareció en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, proceso en el que influyeron las pinturas de Claude Gellée y las obras del temprano romanticismo de Jean Jacques Rousseau. Alexander von Humboldt, argumenta la autora, introdujo el concepto para el Nuevo Mundo, uniendo su enfoque científico con “un grado de sentimiento subjetivo” (Pitman, 1999: 17). “Durante el transcurso del siglo”, apunta la autora “casi todos los escritores del romanticismo eran conocidos por algún relato de viaje, de los cuales muchos trataban viajes hacia el exterior en búsqueda de paisajes nuevos, ‘exóticos’”. (Pitman 1999: 20)

También la historia ambiental ofrece herramientas de análisis para el texto de Oswald y sus percepciones de la naturaleza. Encontramos reflexiones del autor sobre “la transformación de tierras ‘baldías’ en terrenos agrícolas en el Cercano Oriente, Europa y América del Norte para extraerle beneficios comerciales [...] de acuerdo con el antiguo prejuicio en contra de la naturaleza primigenia,” (Arnold 2000: 121), actitud en la que el autor ve una de las principales razones de la destrucción de la naturaleza. Las ideas de Oswald sobre los indígenas que vivían en la selva del Usumacinta y sus afluentes, están también acorde con el pensamiento de Frederick Turner, citado por Arnold, quien afirma que la vida de aquellos era “más próxima a la naturaleza que a la sociedad civilizada, pero de la cual tenían mucho que aprender los pioneros y el hombre de la frontera”. (Arnold 2000: 127)

⁶ Una de estas expediciones financiadas por instituciones europeas fue la de Pierre Marie Arthur Morelet, naturalista y científico francés, quien viajó por Cuba, Yucatán y Guatemala para recolectar muestras de flora y fauna por encargo del Museo de Ciencias Naturales de París. La obra de Morelet en dos tomos es relevante para nuestro análisis ya que este autor recorrió también el Usumacinta y su brazo, el río Palizada. En 1847, Morelet viajó río arriba, iniciando su viaje en la Laguna de Términos para llegar al Petén, destino principal de su recorrido. A diferencia del naturalista francés, Oswald viajó, al parecer, con sus propios recursos; por lo menos en ningún momento hace alusión al tema del financiamiento de su viaje.

Un acercamiento al texto de Oswald desde la historia de los sentidos también es esclarecedor. El análisis de otro naturalista, Henry David Thoreau, (Friesen 2005: 251-264) muy apreciado por Oswald, ofrece herramientas desde esta perspectiva. Como Thoreau, Oswald percibe la naturaleza con la vista, el oído y el olfato agudizados y entrenados para sentir su entorno, por ejemplo, cuando describe el vuelo de garzas nocturnas que pasaban por encima de las cabezas de los viajeros sobre el Usumacinta, con aleteos estruendosos; cuando se podían percibir los gemidos de las vaquitas de mar o los quejidos roncós de los caimanes de la costa, o también cuando percibe el aroma de los limones en el jardín de la misión San Gabriel. La experiencia vivida está en el centro del relato, las sensaciones en diferentes momentos, por ejemplo, cuando cae la noche y nubes de mosquitos martirizan los cuerpos, expuestos además al calor y la humedad, a los olores petrificantes de los pantanos. Como lo pone Steven Feld, “la experiencia perceptual” adquiere “un carácter multisensorial”. (Feld 2005: 181) Un tercer eje de análisis del libro está dado por la historia de las emociones. El contacto con la naturaleza produce en el viajero emociones encontradas: felicidad y entusiasmo, cuando la encuentra intacta, amargura y tristeza cuando la mano del hombre la destruye. Proyecta incluso sus emociones a la naturaleza misma, en la que percibe la angustia de las ninfas, los lamentos de la “madre tierra”, los gemidos de las montañas, en el momento que el hacha ataca al bosque.

Felix Leonard Oswald (1845-1906), autor del libro que es objeto de análisis de este trabajo, nació en Namur, Bélgica, se graduó en la Universidad de Bruselas en 1865, estudió medicina en Göttingen y Heidelberg. En 1866 se unió como médico militar al séquito del emperador Maximiliano en México, como miembro de un grupo de voluntarios belgas. Es autor de múltiples artículos sobre medicina, salud pública y tangencialmente temas religiosos, ya que se interesaba por las religiones orientales y su impacto sobre la salud mental y física del hombre. (Troelstra 2016: 328) Escribió varios libros sobre experiencias de viaje como *Days and nights in the tropics* (Oswald 1887) donde ofrece historias sobre la naturaleza de la jungla brasileña y *Zoological Sketches: A contribution to the Out-Door Study Natural History*. (Oswald 1883)

Anne Sjerp Troelstra, en su obra *Natural History Travel Narratives*, que comenta narrativas de viaje de historia natural en forma de libros, caracteriza a Oswald como un viajero y escritor en las postrimerías de la influencia ejercida por Alexander von Humboldt. La autora establece varios grupos de escritores inspirados en mayor o menor medida por el viajero y científico alemán. Detecta en las obras de estos autores la figura del “naturalista en acción”, otra característica sería la descripción de la naturaleza, junto con “alguna información teórica” y el relato de “alguna aventura”; así como una “descripción vivaz” de la naturaleza a través de la cual el lector puede “apropiarse de la escenografía” (Troelstra 2016: 13-15). Oswald mismo defiende lo atractiva que puede ser la ciencia natural, por eso caracteriza su obra *Zoological Sketches* como literatura de entretenimiento. “En los viajes de Humboldt”, dice, “hay más romance, más magia en los idilios de Thoreau y las revelaciones de Darwin y Haeckel que en todas las fantasías de los traficantes de milagros de la edad media”. (Oswald 1883: 7)

Recorrerías en las selvas de México y América Central se diferencia de cierta literatura de viaje del siglo XIX, que tenía como objetivo ofrecer información “útil” para los gobiernos de potencias europeas y Estados Unidos interesados en explotar en su beneficio recursos minerales y forestales; recursos geográficos para crear nuevas vías de comunicación; suelos aptos para desarrollar la agricultura y ganadería. (Pratt 2010: 268-316) Como se mostrará en este trabajo, es la naturaleza salvaje e indómita que fascina al autor, en la que el hombre puede encontrar “libertad y felicidad”. En cambio, la naturaleza víctima de la codicia humana, de su explotación irracional, de su sometimiento a la “civilización” occidental, es deplorada y condenada a lo largo del texto.

En diferentes aseveraciones a lo largo de la obra, Oswald explicita las motivaciones de sus recorrerías en las selvas de México y América Central. Según explica en el prefacio, la decisión de recorrer México a pie fue del todo espontánea y se tomó en Veracruz adonde había sido enviado por el gobierno imperial de Maximiliano para dirigir el hospital militar de Medellín y donde, después de la restauración de la República, fue nombrado comisario sanitario. Le fue encomendada la tarea de probar durante la “próxima epidemia” la eficacia de un sistema de cuarentena, pero la falta de efectividad de este se mostró en su propia salud que se quebrantó ante una infección tan severa que estaba a punto de abandonar el país, cuando se acordó de un paciente suyo que había

conocido en el mismo hospital de Medellín. Se trataba de un catalán quien había hecho de las serranías de Tabasco su lugar de residencia, donde cultivaba añil, y quien buscaba en las montañas salud y libertad. Con este ejemplo en mente, Oswald pidió permiso de ausentarse de su servicio e inició un recorrido por las montañas de México y América Central que duró ocho años. Muy pronto recobró su salud. “México es, a pesar de todo, el país más sano del mundo”, escribió desde Tacubaya, “el Montmartre de la capital mexicana” (IX).

Si el conocimiento del catalán influyó en lo inmediato en la decisión del autor de recorrer México a pie, una influencia más profunda provino sin duda del naturalista y escritor, Henry David Thoreau, a quien Oswald cita y por de quien tiene gran admiración. Según uno de sus biógrafos, Thoreau sentía la necesidad de recorrer a pie los alrededores de Concord, Massachussets, donde vivía, con el fin de estudiar, de vivir la naturaleza, especialmente los bosques. Thoreau era “tanto un escritor que un caminante”, dice Richardson de él. (Richardson 1986: 19) A los 28 años, Thoreau se retiró a un bosque cerca de Concord, a un terreno que su amigo Ralph Waldo Emerson había comprado; construyó allí una cabaña en las orillas de un estanque, Walden Pond, donde vivió retirado, pero no del todo aislado, durante un poco más de dos años. Thoreau se retiró a este lugar para ser independiente, “vivir sólo”, experimentar la simplicidad de la vida “primitiva y de frontera” (Richardson 1986: 217-218). Las ideas de Thoreau influyeron en Oswald y su relación con la naturaleza.

El capítulo titulado “El delta del río Usumacinta” es el octavo de doce, que describe el viaje del autor desde Sonora; Colima; Jalisco; las dos cordilleras, la Sierra Madre Occidental y la Oriental; la Tierra fría; el altiplano de Oaxaca; el paso por el Usumacinta y el Palizada hasta El Carmen; Yucatán - en cuya descripción dedica un capítulo entero a Uxmal;⁷ las montañas boscosas de Guatemala y finalmente las selvas de la Sierra Negra guatemalteca. Ocho años después de haber iniciado su viaje, Oswald se embarca en el puerto Izabal en el Golfo Dulce rumbo a Estados Unidos.

⁷ Las páginas dedicadas a este sitio arqueológico demuestran la aguda capacidad de observación del autor, que se extiende al registro de elementos arquitectónicos y decorativos de cuya belleza y grandeza Oswald da cuenta, ofreciendo una descripción detallada, llena de admiración por el arte maya.

Oswald ilustra sus descripciones con dibujos propios, en total 76, en los que retrata paisajes y personas, como sus acompañantes y guías de viaje; indígenas que encuentra en el camino y que le llaman la atención; paisajes, ruinas arqueológicas y otras edificaciones; algunos ejemplares de la fauna silvestre y animales domesticados; escenas curiosas, algunas de ellas representan la caza de fauna silvestre. La presencia de diferentes tipos de vegetación en las imágenes es una constante. Las ilustraciones están insertas en el texto, ocupan desde una tercera parte hasta la mitad de la página; cada una tiene un título. Oswald demuestra en estas imágenes una capacidad de observación aguda y una destreza bastante notable para plasmar sus impresiones en cada uno de los dibujos. Para el científico y naturalista estadounidense James Agassiz, “dibujar era una forma de documentación que obligaba los ojos enfocarse en detalles que a su vez ayudaban a develar el objeto en su complejidad y especificidad”. (Fumagalli *et al.* 2013: 315). Según Nina Gerassi-Navarro, la observación rigurosa, meticulosa, es un principio defendido por James Agassiz (325). Los dibujos que acompañan el texto del capítulo ocho de las *Recorrierías*, revelan estas características. Por otra parte, la relación entre imagen y texto es generalmente complementaria, ambos entran también en diálogo o, a veces, se establece cierta tensión entre ellos. Giorgia Alú y Sarah Patricia Hill han llamado la atención sobre estas relaciones entre imagen y texto, observaciones que han sido útiles para nuestro análisis (Alú; Hill 2018: 1-2).

LA RELACIÓN ENTRE HOMBRE Y NATURALEZA EN LA OBRA DE OSWALD

En el prefacio a su libro, así como a lo largo de la obra, Oswald deja clara su convicción que el hombre ha sido el principal factor de destrucción de la naturaleza, especialmente de los bosques. Lo ejemplifica con la desertificación de las tierras de Medio Oriente, del norte de África y de América del Norte (Texas y Alabama). Según su concepción, la ambición y codicia del hombre llevaron a los habitantes de estas regiones a crear plantíos intensivos que destruyeron los bosques originarios y transformaron la tierra en parajes despoblados (X). Si sigue la expansión de las ciudades a un ritmo tan acelerado como lo ha hecho en los últimos años, apunta, los últimos estados forestales de Maine, Michigan y Carolina del Norte serán en cincuenta años tan “desnudos” como

España (XI-XII). A diferencia de las montañas de Escocia y la vieja España, donde quizá se pueda encontrar “independencia en el sentido político y un clima sano”, “las sierras novohispanas se pueden vanagloriar de un suelo puro y de una naturaleza salvaje que ofrece un sanatorio a cualquiera que busca refugio de la enfermedad de nuestra civilización antinatural [...]” (X). Las citas anteriores expresan elocuentemente la posición de Oswald frente a lo que llama también “una civilización enfermiza”, en contraposición con la pureza de la naturaleza en estado virgen, no intervenida por el hombre.

Las montañas, los bosques, los ríos constituyen el entorno ideal para el hombre en busca de la salud y la libertad. Esta premisa es la base de los doce capítulos que conforman el libro. Es por eso, señala, que no va a describir ni ciudades, ni riquezas minerales, por ser aquellas creaciones del hombre “civilizado” en el primer caso, y por satisfacer su codicia, en el segundo. La búsqueda de salud y libertad en la naturaleza eventualmente está todavía inspirada en el principio humboldtiano, de “unir emoción y análisis, sentimiento y observación” (Gerassi-Navarro 2013: 315).

“El acercamiento científico romántico a la naturaleza que representaba Humboldt fue gradualmente sustituido por actitudes más positivistas y menos estéticas hacia mediados del siglo XIX”, arguye Gesa Mackenthun (2013: 102), sin embargo, considero que en Oswald encontramos todavía muchos elementos que unen la visión romántica de la naturaleza, llena de emoción y sentimientos, con el interés científico del explorador. Por ejemplo, al abrir el libro con un tratamiento de la “nostalgia hacia el sur”, como fuerza motivante del viajero, formulado a raíz de su viaje río abajo por el Mississippi, Oswald parece descubrir una tendencia general del hombre de regresar a sus orígenes que puede ser África, pero también el nacimiento del Indo en el Himalaya para los pueblos indo-germanos. La nostalgia hacia las “montañas aiosas” del sur (oriente) motivaron a los cruzados emprender el viaje a la Tierra Prometida, en la búsqueda de parajes donde prevalece un verano eterno, donde “dulces frutos de los árboles” ofrecían alimentación y disfrute. (1-4) De esta manera, Oswald inicia su libro con una mezcla de alusiones a científicos influyentes del momento, como Herbert Spencer y Charles Darwin (3) y de la “glorificación” de los bosques de México.

El concepto de naturaleza salvaje (*wilderness*) se discutió en un debate de gran envergadura entre ambientalistas en las últimas cuatro décadas y dio lugar a la edición de dos libros colectivos de gran impacto (Callicott; Nelson 1998; Callicott; Nelson 2008). El concepto también es importante en la obra de Félix L. Oswald. En la edición en inglés aparece veinticinco veces. Como Oswald, Thoreau antes que él buscaba este estado de la naturaleza, en el que la civilización no “ha infectado del todo la tierra”, una idea que ha prevalecido hasta hoy en los escritos de muchos ambientalistas y que es criticada por William Cronon. (Cronon 1995) Este eminente historiador ambiental sostiene que el concepto es una creación humana, un producto de la civilización. “Son nuestros deseos que vemos en sus descripciones”, como las de lugares aparentemente independientes del ser humano, de naturaleza pura, como las cataratas de Niagara. Cronon hace hincapié en que el concepto no ha sido estático: sus interpretaciones han cambiado a lo largo de la historia humana. Por ejemplo, dice, *wilderness* en el siglo XVII era algo negativo, un lugar en el que el hombre sentía terror, donde estaba expuesto a las tentaciones de Satanás. Pero, para el siglo XIX esta apreciación de naturaleza salvaje había cambiado, se había idealizado y convertido en algo sagrado. (Cronon 1995: 82)

Este autor llama la atención sobre la idea de “naturaleza salvaje” que se ha usado en la historia de Estados Unidos y que suponía la existencia de una “prístina naturaleza salvaje deshabitada” en el momento de la llegada de los europeos a América del Norte. Sostiene que esta idea tiene una connotación racista y colonialista, puesto que implicaba la afirmación que se trataba de un espacio “vacío” cuando en realidad múltiples pueblos indígenas lo habitaban desde miles de años atrás y consideraban estas tierras su hogar. (Cronon 1995: 91; Marx 2008: 19-20)

Los recorridos que emprendió Oswald por México, muchas veces a pie, en ocasiones montando un caballo o encaramado en una carreta, lo llevaron a recorrer valles, planicies y montañas, donde se deleitaba de las vegetaciones cambiantes, de cuerpos de agua, pantanos y animales silvestres. Oswald no rehúye esfuerzos físicos, comidas escasas, campamentos nocturnos o temperaturas extremas, para conocer la naturaleza salvaje, no intervenida por el ser humano que tanto le entusiasma. Como lo expresa Juan Pimentel, el interés científico que

guiaba los viajes de los exploradores decimonónicos hacía necesario “el contacto físico con el mundo, esto es, dolor, esfuerzo, pasión, mirada” (Pimentel 2001: 117).

Por lo común Oswald nombra las diferentes especies en alemán y entre paréntesis pone el nombre en latín. Las voces de pájaros, y de todo tipo de fauna de los bosques y sabanas llaman su atención; sus movimientos, plumaje y pelaje son descritos con cuidado y revelan el interés del viajero por conocer y describir lo visto. Una iguana gigante le llama poderosamente la atención “un ejemplar de color verde-pasto con una cabeza como del séptimo monstruo del apocalipsis”, siendo “la criatura más inofensiva de Dios” (36-37). En el dibujo que hace de este animal se aprecia el asombro y la admiración que le merece el reptil que ve por primera vez en su vida. La riqueza en fauna y flora que Oswald encuentra en su camino, y que describe con entusiasmo, dejan al lector del siglo XXI con la triste impresión de que 150 años después, esta exuberante naturaleza ha desaparecido en su mayor parte. Se encuentran, sin embargo, pasajes en el texto en los que Oswald se revela como apasionado cazador que saca su fusil en cuanto se ofrece la oportunidad de derribar un pájaro o mamífero, insensible ante la muerte de las presas.

La belleza del lago de Chapala atrapa a todo el grupo que viajaba en la caravana que llevó a Oswald a recorrer los paisajes de Sonora, Colima y Jalisco. Cómo es posible, exclama el autor, que las regiones más bellas del mundo son desconocidas en Europa donde los pupilos en Inglaterra han oído del Mar Muerto, de los lagos del norte de Italia, pero no podrían decir si este lago de hadas se encuentra en las Filipinas o en México. “Efectivamente”, comenta uno de los viajeros, “siempre me he preguntado cómo Maximiliano pudo ser un loco tan grande para dejar todos los castillos en Europa para terminar aquí como un ladrón de caminos, pero veo ahora que tuvo razón de arriesgar su vida por un país como éste” (62). La belleza del río Lerma, el lago que se formaba con sus aguas, las montañas circundantes que coronaban el valle y se elevaban hasta las alturas de la nieve eterna, emocionan al autor; la belleza de la escenografía hizo que los carreteros se detuvieran, y que el doctor Rambert, el médico francés “hereje”, estuviera absorto en la contemplación, “con el sombrero en las manos, mudo y pensativo” (62). La escena evoca la sensación de lo sublime que experimentó

Alexander von Humboldt al contemplar la montaña que en la época se tomaba por la más alta del mundo, el Chimborazo, al que el científico alemán ascendió bajo esfuerzos y afectaciones inmensas a su salud (Pimentel 2001).⁸

Es interesante, por otra parte, cómo, en medio del relato del viaje, Oswald se detiene para glorificar los bosques, como se puede apreciar en la siguiente cita que describe un bosque en Jalisco donde “las ramas de árboles gigantes y lianas flotantes se extienden como manos voraces sobre el camino y dejan imaginar que, sin el combate constante contra la vegetación, el bosque borraría con la fuerza de una marea, los últimos rastros de los caminos del hombre.” (58)

O, se detiene para deplorar, con palabras llenas de amargura y tristeza, la destrucción del bosque. Así, al acampar cerca de San Luis, Oswald oye temprano en la mañana y

[...] viniendo de tres direcciones de los montes, el eco de la disonancia más triste en la armonía de la naturaleza: el sonido del hacha como preludeo del estruendo destructor y de la caída; acompañado del eco gimiente en las montañas. En parajes escasamente poblados, estos sonidos tienen para mí algo triste, como un llamado de auxilio de las ninfas del bosque, o el lamento de la madre tierra sobre la muerte de su primogénito (40).

La cita anterior es una muestra del por qué Oswald ha sido caracterizado como uno de los primeros conservacionistas de Estados Unidos.

JUICIOS SOBRE LA SOCIEDAD MEXICANA, PARTICULARIDADES REGIONALES Y LOCALES

Oswald expresa en su libro juicios muy diversos sobre los diferentes sectores sociales del país, incorporando en su visión del paisaje natural el “paisaje humano” (Gerassi-Navarro 2013: 330). Elogia la hospitalidad de rancheros y hacendados mexicanos y extranjeros, entre ellos, franceses, estadounidenses y españoles que dejaban acampar en sus tierras a la caravana con la que Oswald atravesó Sonora, Jalisco y Colima, proporcionaban forraje para los animales e invitaban a

⁸ Sin embargo, Oswald deja que las emociones experimentadas al contemplar el río y sus alrededores desemboquen en una reflexión prosaica: “También en América, la mayoría de los ríos de montaña terminan su recorrido en las planicies, como el romántico en la vida cotidiana y el amante de la libertad en el servicio del Estado” (83).

los viajeros a pasar a sus casas. Distingue entre indios, negros, mestizos y criollos, emplea la nomenclatura colonial, la que se mantuvo a lo largo del siglo XIX.

Seguido despotrica contra el clero católico, de su falsedad e intolerancia, al mismo tiempo que muestra su simpatía por los “incorregibles herejes” que encuentra, sobre todo en los franceses que conoce en su camino (39). También da ejemplos de las supersticiones que podían hacer difícil la vida entre la población local para un francés que no era creyente, como doctor Rambert quien había trabajado como médico en San Luis Potosí. Un día, el caballo que había rentado éste “tenía una especie de raptus”, una agitación repentina que los vecinos del francés interpretaban como reacción del animal porque tenía que transportar a un hereje que llevaba sus bolsas llenas de literatura pagana (43). El autor reproduce conversaciones, ofrece descripciones ricas en imágenes y comparaciones, cuando dice, por ejemplo, al encontrarse con un rancharo francés en el camino que había vivido en el país por más de catorce años, pero en quien, al tener frente de sí a un hombre belga “se abrieron las reclusas de su lengua natal” y le contó las circunstancias de su vida en una propiedad aislada, en un “exilio lingüístico”, en medio de la “conversación en español, chismes en español, sermones en español e intraducibles maldiciones españolas de la mañana a la tarde” (39).

La pobreza de la población en el campo queda patente en el relato sobre el intento de comprar algunas provisiones a unos lugareños en los alrededores del río Balsas donde acampó la caravana en una ocasión. Se les ofrecieron algunas hierbas no identificables en lugar de tabaco, no había huevos, sólo chile y un poco de leche. Los lugareños intentaron intercambiar miel de abeja y un pañuelo por café y un trozo de tocino lo que se les dio generosamente, sin pedir nada a cambio. A la pregunta por qué la gente no criaba cerdos ni gallinas, el guía que acompañaba a los viajeros, explicó que los lugareños eran demasiado pobres como para criar su ganado en un establo, y en las afueras ese era presa de pumas, osos y caimanes. Igual suerte corrían las gallinas, que los gatos montañeses cazaban y en el establo morían por los parásitos. Entonces, se le insistía, por qué no cazaban en los bosques donde abundaban los venados. La respuesta fue lo impenetrable que eran esos, la imposibilidad de no perderse en ellos sin un perro muy entrenado, además de que los depredadores peligrosos abundaban, aunado a eso estaba el terror que la población indígena, mestiza y criolla experimentaba de una especie de tigre o jaguar que llamaban renegrón que era

enorme, de una fuerza y fiereza inmensa que había atacado y matado a cazadores que se habían atrevido adentrarse demasiado en el bosque.

Es innegable el racismo y el desprecio hacia la población indígena que expresaban abiertamente miembros de la élite mexicana y “criolla”, es decir, españoles nacidos en el país, una categoría de la época virreinal que se había mantenido y que Oswald reproduce. El dueño de una hacienda se refería con las siguientes palabras a unos trabajadores suyos, indígenas chichimecas, que estaban cortando vainas de vainilla; bajo su vigilancia, decía, porque “uno no puede confiar en esos bandidos; igualmente podría uno dejar el trabajo en manos de unos changos y apelar a su sentido del deber” (68). Los dibujos de Oswald, sin embargo, no reproducen estas descalificaciones. En uno representa, por ejemplo, un “vendedor de frutas”, un hombre, ciertamente en andrajos, con una penca de plátanos sobre el hombro derecho y un palo en la mano izquierda, pero su pose y la expresión de su cara revelan una dignidad seria y tranquila (79). También la representación de un flechero indígena expresa respeto y la intención de mostrar a un joven con un cuerpo bien proporcionado, musculoso, vestido con una especie de túnica blanca y sandalias de cuero (81). Aparece aquí esta tensión entre imagen y texto que mencionan Georgia Alú y Sahra Patricia Hill (2018: 2).

Otro pasaje del capítulo dos, muestra al autor como un observador irónico, que reproduce las divisiones étnicas que caracterizan la sociedad poscolonial y los menosprecios que hacia los estratos más pobres manifestaban los miembros de las élites locales. Por ejemplo, cuando recorren San Blas, en uno de los altos que hace la caravana, Oswald conoce a un “negro” políglota, un hombre que hablaba dos idiomas americanos y cuatro europeos, además de poder decir algunas cosas en chino, “quien se empleaba como guía para huéspedes extranjeros de varias posadas, vendía reliquias a creyentes mexicanos, piedras preciosas a paganos chinos, aceite mágico y píldoras contra la fiebre para el bien de la humanidad y cartas españolas para los huéspedes de los bares marineros” (85). Con esta mezcla de simpatía y desprecio repite la opinión de uno de los viajeros americanos sobre el individuo: “el hombre tiene rivales, pero estos no pueden realmente competir con él, porque no es fácil saber mentir en siete idiomas y engañar en catorce profesiones” (85). Llama atención que el autor muchas veces pone los juicios negativos en boca de sus compañeros de viaje o miembros de las élites, sin comprometerse él mismo.

Al ubicar el texto de Oswald en el contexto de la literatura de viaje decimonónica me parece pertinente comparar sus apreciaciones sobre la población indígena con las de algunos otros viajeros del momento. Al igual que el autor de *Summerland sketches*, el danés barón Henrik von Eggers vino con Maximiliano a México; entró al ejército del emperador y participó en las campañas militares contra los liberales. Publicó unas memorias de su estadía en México en las que manifiesta apreciaciones muy diferentes sobre los indígenas del país que el belga. Las páginas que escribe Eggers sobre este sector de la población no contienen las valoraciones racistas de Oswald o de otros viajeros de su tiempo; expresan respeto e interés por su “carácter, defectos y virtudes”. Eggers atribuye su carácter “sumiso y desconfiado” a 300 años de “presión espiritual y física” por parte de los españoles. Resalta la “astucia natural, la que, sin embargo, esconde detrás de una máscara de un ser “tonto”, lo que no es en lo absoluto, dice Eggers; su inteligencia natural no es inferior a la de los europeos, pero le falta “aprendizaje”; su “energía y firmeza” son mayores que las del criollo o mestizo. Una vez que sea beneficiado por una mayor educación, opina, será él que conducirá el país a “un futuro mejor” (Eggers 2005: 193-194).

Se ofrece una comparación entre los juicios de Oswald y los de John Lloyd Stephens sobre los indígenas de Yucatán, ya que ambos autores recorrieron la península, siendo el conocimiento del famoso arqueólogo de la región bastante más profundo que el de nuestro autor. Stephens y su equipo dependían del conocimiento que tenían los indígenas de la selva y de la ubicación de sitios arqueológicos; se beneficiaban de su fuerza física para abrir camino ya que sin ella caminar por la impenetrable selva hubiera sido imposible. En algún momento Stephens comenta “la simpleza y credulidad” de los indígenas que había alquilado; pero en sus múltiples referencias predomina el respeto hacia este sector de la población explotado y despreciado. En sus recorridos se encuentra con un “indígena de sangre pura” que había heredado un sitio arqueológico, era propietario y tenía trabajadores a su servicio, “el primero de esta antigua, pero degradada raza” que había encontrado en esta posición, escribe Stephens, “altamente respetable en su apariencia y modales” (Stephens 1843: 58-69) Dos referencias más podrían dar una idea de la diversidad de juicios sobre la población indígena que se encuentran en la literatura de viajeros del siglo XIX.

Las páginas que escribiera el antropólogo inglés Edward B. Tylor sobre México y la sociedad mexicana se caracterizan por su estilo ameno, irónico, muchas veces sarcástico. Si bien no queda explicitado, el autor parece desaprobador y aun desdeñar el trato que daban blancos y mestizos a los indígenas, al considerarlos como “gente sin razón”, tal como era común en los primeros tiempos de la conquista y colonización. En Yucatán, observa, los indios no eran considerados más que “un artículo de exportación”, un artículo para el comercio. “De tez oscura, incapaces de defenderse, de buena salud y trabajadores”, eran “engullidos” en las plantaciones y minas, al igual que “negros y chinos”; se pagaba bien por ellos y, una vez “desaparecidos” en estos lugares, los tratantes obtenidos su gratificación, “¿quién podrá sacarlos o incluso encontrarlos?” (Tylor 1861: 61). Con simpatía ve las decoraciones floridas de las trajineras en Xochimilco, donde prevalece el viejo gusto de los aztecas, advierte. Pero también externa juicios negativos. “Ya no sacrifican, ni comen gente”, dice, pero les atribuye “deshonestidad e inmoralidad” en las zonas mineras de Real del Monte, donde el robo del metal por trabajadores indígenas y mestizos era de lo más común (Tylor 1861: 288-289).

El alemán Friedrich Ratzel escribe sobre la población mexicana desde una posición marcadamente racista. Habla, por ejemplo, de las mujeres mijes y sus rasgos físicos que en su opinión tienen menos marcado el “tipo de raza” que los hombres, y comenta que esta circunstancia es observable sobre todo en “las razas bajas, como negros e indios”, en las que “la complexión más fina [de las mujeres] suaviza los rasgos animales. [...] Con todo y labios gruesos y nariz chata se alcanza muchas veces un grado de belleza que aun no disgusta a un ojo europeo y que es capaz de esconder el tipo de raza.” Y sigue con sus comentarios extremadamente racistas: “Aquí en el Istmo hay indios de la tribu de los aztecas que en general tienen un aspecto tan mongólico, feo y obtuso como por ejemplo los Utes en Colorado y eso, al lado de los zapotecas que en general son considerados como una de las tribus de mejor complexión y mayor inteligencia” (Ratzel 1878: 239-240).

LAS PARTICULARIDADES DEL VIAJE POR EL USUMACINTA Y SU BRAZO ORIENTAL: EL PALIZADA

El paisaje natural

Las características generales de la obra de Oswald, esbozadas en los dos apartados anteriores, encuentran en el capítulo ocho desarrollos elocuentes. Como en otras secciones del libro, también aquí el autor inicia con comparaciones con medio Oriente y Europa, que le parecen útiles para medir la fuerza de la naturaleza en diferentes regiones del continente americano. En su recorrido por el Usumacinta y su brazo oriental, el Palizada, bien que él mismo no avista ninguno de los grandes depredadores, con excepción de los caimanes que pululan en el río, se refiere al gran número de jaguares, osos y serpientes, comparando el tiempo necesario para el exterminio de las últimas dos especies en la Florida que se podría lograr “con paciencia china y energía británica”, mientras que en las selvas de Usumacinta y sus brazos, “incluso Hércules y San Hubertus se ocuparían de esta tarea más bien por un sueldo diario y no por uno a destajo” (221). Un símil que usa para describir el espesor de la selva y su impenetrabilidad es el de una aguja perdida en un almiar que se encontraría con mayor facilidad que un venado en los bosques de los pantanos del Usumacinta “ya que el espesor de las riberas es impenetrable para los órganos motrices del hombre” (221).

Fue en verano de 1875 que Oswald recorrió las 40 millas anteriores a las desembocaduras de los tres brazos del río en el golfo de México y Laguna de Términos. Él y un padre franciscano, su compañero de viaje, se lograron embarcar en una faluca – una embarcación plana con una vela cuadrangular y una pequeña choza en su centro – que transportaba desde Chiapas herramientas de hierro para las colonias de cortadores de madera de las orillas del río Chiatlán, entre otros productos como café y provisiones. Pronto el río alcanzaba una anchura de ocho a doce millas, los pantanos se convirtieron en lagunas, en las que crecían diferentes especies de árboles – mangle, palmeras, copal, cipreses – que hundían sus raíces en el fondo fangoso y desarrollaban raíces aéreas, al mismo tiempo que lianas y plantas diversas los cubrían parcialmente. El río mismo se revelaba traicionero, avanzando por tramos con una lenta pereza para de repente convertirse en un torrente furioso que desafiaba las habilidades del piloto y del maestre de la embarcación. Además, estos tenían que evitar que la

faluca encallara en las barricadas de maderas flotantes o se acercara demasiado a los bancos de arena en las orillas. Las islas flotantes de troncos y ramas parecían sólidas, pero, dice Oswald, quien quisiera asentarse en ellas, podría un día llegar con casa y corral en Campeche, arrastrado por la corriente. En medio de una de estas islas, los pasajeros de la faluca vieron una gallina de pantano con sus polluelos que estaban tan seguros allí de que ningún depredador los podía alcanzar:

La fuerza primitiva, incontrolable del río fascina a Oswald en cuyo relato encontramos teatralidad y dramatismo. Un buen ejemplo de ello es la reproducción de las órdenes que el maestre de la embarcación le dio al piloto para esquivar una de las acumulaciones de troncos y ramas:

‘Fe de mi Santo’, exclamó nuestro maestre, cada vez que nos acercamos a una barricada de maderas flotantes, ‘otro mal punto, que los santos tengan misericordia con nuestros pecados. ¡Cuidado! ‘y, con una mirada preocupada para su piloto negro y profano ¡Ahora ve hacia adelante, por el amor de Dios, no digas maldiciones, eso no nos trae suerte, amigo! ¡Qué locura, estribor, digo! Abajo con el remo, hacia atrás ahora, que venga por ustedes el [...]. Cállate, en nombre de los santos; tu insolente boca nos va a llevar a la desgracia. ¡Cuidado! ‘y así seguía hasta que el mal punto había pasado y pecadores y santos prendieron de nuevo sus cigarros (223).

Uno de los dibujos que ilustran el texto (225) condensa las descripciones verbales: en una tercera parte inferior del mismo y sólo ocupando la mitad de lo ancho del dibujo, Oswald representa el río que se pierde en medio de la vegetación exuberante. En el agua se perciben dos caimanes enormes, uno nadando, el segundo apoyado en lo que parece ser un tronco; hacía arriba y ocupando el resto del dibujo, se encuentra una densa vegetación; una serpiente gigante, probablemente una boa se enrolla alrededor del tronco de un árbol con la cabeza hacia abajo y confrontando a un jaguar quien está en una posición que puede ser de ataque o de defensa. Sin duda, el dibujo refleja todo el dramatismo que el viajero debe haber experimentado en su viaje por el río.

Oswald subraya en varias ocasiones la riqueza de venados en esta selva, pero insiste que, a pesar de ello, no se trataba de un paraíso para cazadores, más bien, dice, era el “asilo más inaccesible para los animales de presa del hemisferio

occidental” (225). La fauna que vive cerca o en el agua, es igualmente rica: “tortugas que habían desovado más arriba en las orillas del río, se encontraban en camino hacia la bahía de Campeche, adonde la corriente los iba a llevar tarde o temprano” (229). Había peces voladores en masa, delfines de agua dulce que jugaban alrededor de la barca, pelícanos, patos, garzas y una multitud de otras aves acuáticas; una nutria de pantano se había construido su nido su en una de las islas flotantes; ardillas y gatos de palmeras; monos que bajaban de los árboles para saciar su sed en el agua, para luego desaparecer rápidamente entre las coronas de los árboles; un enjambre de mariposas amarillas que se deleitaban sobre unas flores igualmente amarillas que crecían sobre un prado hecho de carrizos.

Una característica del río en la época de lluvias observa Oswald, eran los torrentes súbitos, un fenómeno que se buscaba explicar con varias teorías, de las que él juzgaba más convincente la que sostenía que los lagos interiores —que se formaban río arriba, entre San Elisario (¿por Belisario?) y la frontera con Guatemala, en época de secas— se desbordaban con las lluvias y junto con sus afluentes se transformaban en masas inmensas de aguas que se precipitaban por los valles. Bosques enteros de arbustos y árboles eran arrastrados hacia las islas del delta y se convertían en las montañas de maderas flotantes que ya quedan descritas más arriba. Estas inundaciones obligaban periódicamente a toda la fauna terrestre buscar refugio en los árboles.

La inevitable plaga de mosquitos, al caer la noche en uno de los altos que hizo la faluca en la orilla del río, causaba a nuestro viajero una desesperación mayúscula, mientras que el “piloto negro” se durmió al instante al lado del fuego, con su pipa prendida que de vez en cuando rellenaba con “Rebel-Confort”, un tabaco con el significativo nombre de “confort del rebelde”; y su acompañante de viaje, el padre Cristóbal, se logró dormir después de haber luchado un rato con los insoportables insectos. En cambio, el autor se quedaba toda la noche dedicado a filosofar y a teorizar sobre la capacidad de los pobladores de regiones tropicales de soportar o no sentir el ardor de los piquetes, o de escapar a las copas más altas de los árboles donde la brisa nocturna ahuyentaba a los “chupasangre”.

En su viaje río abajo, la faluca hizo otros dos altos, el primero en Corrientes en la desembocadura del Río Negro,⁹ donde, aparte de la estación de correo, había una casa de madera y un pueblo indio; allí conocieron a un hombre que los llevó a la caza de un caimán, suceso que Oswald describe con detalle, resaltando la valentía y la habilidad del indígena. Abajo de Corrientes, el Usumacinta se hacía más ancho aun, prosigue Oswald, recibiendo las aguas de un río que el autor llama Río Gordo, en el que, a su vez, desembocaba otro, el Pinto. Ambos ríos atravesaban un paisaje fluvial tan pantanoso y salvaje que el maestro de la faluca contaba con estremecimiento de una noche pasada por estos rumbos, en la que los jaguares aullaban como pájaros nocturnos en los árboles y sólo se dejaban mantener a raya con tiros de fusil al aire y un constante golpear de ollas de metal.

Un segundo alto lo hicieron en una antigua misión de nombre San Gabriel, que constaba de varias chozas elevadas sobre una plataforma de madera, que emergía del agua. El golpe de las olas contra los pilotes de la construcción anunciaba la cercanía del Golfo. Desde abajo del río se escuchaba por primera vez el grito o gemido de las vaquitas de mar que en la noche entraban a las desembocaduras de los ríos. Se había formado una tormenta eléctrica y, en cuanto un rayo era seguido por un trueno lejano, el eco era contestado por los gritos de las garzas nocturnas y, de vez en cuando, por las voces de una parvada de flamings desde los prados de carrizos. Oswald prosigue su relato contando que los pantanos del Río Gordo servían de refugio a los piratas que volvían inseguras las islas del archipiélago del Carmen. Los piratas podían alcanzar el mar abierto por un desagüe hacia el norte del Río Gordo (se podría tratar del río de San Pedro y San Pablo). Los cortadores de madera, que se movían en sus barcas sobre el río, podían ver el humo de sus fuegos nocturnos. La selva alrededor de la Laguna de los Patos al este de la misión, y de otros lagos cercanos, contenía ricas reservas de palo de tinte sin explotar. Es una de las pocas menciones que hace Oswald de esta madera que constituía la principal riqueza explotable de la región.

Después de esta narración sobre el entorno, Oswald vuelve a dar sus impresiones sobre la misión, donde los viajeros de la faluca habían encontrado posada. Describe los aromas del jardín nocturno con sus limones cuyas floras atraían cientos de insectos nocturnos, donde los grillos cantaban en los carri-

⁹ Los nombres que da Oswald de localidades y ríos, no se han podido encontrar en mapas del siglo XIX de la región. Es de suponer que repite los nombres que la población local usaba y que no siempre han de coincidir con la nomenclatura de la cartografía.

zos y las luciérnagas proporcionaban la única luz. Aquí, dice el autor, no había luces de mástiles o fábricas, ni señales de puertos. El horizonte era tan oscuro como los márgenes de la selva, “pero esta naturaleza salvaje tenía un encanto muy peculiar y sus hijos quizá no cambiarían tan fácilmente su libertad salvaje por las comodidades de los países civilizados” (244).

La descripción de la naturaleza desbordante del Usumacinta que ofrece Oswald en este capítulo ocho de su libro, termina con una visión sombría, melancólica, del último tramo de su viaje nocturno sobre el Palizada. El autor hace alusión a sus márgenes como paraíso para osos y serpientes de agua; a la selva impenetrable que bordeaba el río, a la que ningún cazador se aventuraría en búsqueda de alguna piel de nutria. En medio de la soledad, de la neblina y la desolación, sólo se oían los gemidos roncós de los caimanes de la costa. Todos los viajeros, incluso los marineros de la embarcación sentían un alivio grande cuando aparecían las luces de El Carmen a través de la neblina matutina y el canto de un gallo anunciaba la cercanía de una población. Muy breve es la descripción del puerto: una villa de mar en el sentido literal dice Oswald, un conjunto de tablas de madera que se levantaban del agua sobre pilotes, palizadas y balsas, una ciudad de astilleros flotantes y olor a pescado de mar. El puerto servía como estación para barcos de guerra, prosigue, y como punto de escala en el camino de Sisal a Veracruz.

El párrafo final del relato resume la actitud y las sensaciones del autor frente a la naturaleza indómita del río Usumacinta, sus afluentes y sus brazos, emociones que marcaron su recorrido por la selva y los pantanos.

A pesar de los enjambres de mosquitos, pantanos de osos, largas horas de espera y comidas pobres, el recorrido de San Carlos a El Carmen es provechoso para el viajero que no juzga los caminos secundarios de Occidente según los criterios del Señor Baedeker.¹⁰ Las selvas del valle del Alto Usumacinta no se distinguen esencialmente de las de la costa norte del Golfo, pero en los desembarcaderos de su parte baja la naturaleza se descubre al investigador en sus formas más maravillosas, y las inalcanzables profundidades de los pantanos le pueden enseñar una verdad olvidada – que la tierra no fue creada exclusivamente para el hombre (252).

¹⁰ Karl Baedeker (1801-1855) era un impresor alemán quien publicó guías para turistas, primero para Alemania y poco a poco para todos los países europeos.

“El paisaje humano” *del Bajo Usumacinta y río Palizada*

En medio los paisajes fluviales del Usumacinta, Felix L. Oswald conoce algunas personas de la población local. El protagonista es sin duda un grupo indígena que el autor llama “los pintos”. El nombre venía de las pinturas corporales que usaban, explica Oswald. Aquí, de nuevo, se puede apreciar que el autor reproduce apelativos que se usaban comúnmente en la región, sin reparar si se trataba de mayas o de otros grupos indígenas. Sin embargo, ofrece alguna información que le es proporcionada sobre las características de este pueblo. Eran unas “hordas” de pescadores y cazadores, dice, que “antes” se movían entre Yucatán y Guatemala, pero que, en el momento, se estaban retirando a las selvas costeras del este de Tabasco, donde “se resistían a todo intento civilizatorio o de conversión al cristianismo” (231). Algunos matices aparecen en las siguientes apreciaciones que son una combinación de racismo en general y de reconocimiento de ciertas cualidades de los pintos. Observa que “sus vecinos dizque de raza blanca” acusaban a este pueblo de canibalismo – una acusación, dice, que se hacía a todo pueblo que no se había convertido al cristianismo – al mismo tiempo que considera que los pintos tenían una moral igualmente desarrollada y eran mucho más inteligentes “que los comedores de plátano cristianos de la tierra caliente más al norte.” (231)

En la descripción de tres jóvenes prácticamente desnudas, que se estaban peleando por unas gorras de tela roja, se mezcla ironía y benevolencia hacia el género femenino, cuyo comportamiento – entre coquetería, buen humor y envidia - se podría encontrar entre mujeres de cualquier país, si asumimos la actitud generalizada hacia las mujeres, prevaleciente en la época. Pero, al mismo tiempo, encontramos una clara concepción de la supuesta inferioridad de este pueblo. “¿Su orden no podría educarlos para que sean humanos?” pregunta a su compañero de viaje, el padre franciscano. “No han faltado intentos”, contesta éste, “pero estas bestias no quieren entrar en razón” (239). El diálogo anterior muestra cómo los prejuicios raciales podían ir tan lejos que incluso se negaba a los indígenas su condición humana. También en otros pasajes, Oswald y el padre franciscano hablaban desde su posición de supuesta superioridad del observador blanco, que juzgaba la “obstinación”, el “carácter flemático y taciturno” del indígena como características intrínsecas a su “raza”. Como apuntan Giorgia Alú y Sarah Patricia Hill (2018: 4) se establece una jerarquía entre el observador y el observado, ocupando el observador una posición de poder frente a la población

local, una relación desigual a la que Pratt llama la atención al hablar del viajero y el “viajado” (travelee), siendo el primero un sujeto activo que se atribuye la capacidad de juzgar y valorar y el segundo aparentemente pasivo, objeto de los juicios del primero (Pratt 2010: 34).

El encuentro con el dueño del albergue, que éste había instalado en la antigua misión de San Gabriel, le merece los siguientes comentarios. El “Mayor” Don Casales, un hombre blanco, era analfabeto, pero, opina Oswald, su capacidad de conversar tanto sobre temas abstractos como sobre política y sucesos del día a día, era la prueba de que un talento intelectual se podía desarrollar también fuera del salón de clase. Don Casales les cuenta a sus huéspedes que sólo había oído de la existencia de los libros; de joven no le preocupaba, pero que en el momento sabía de su importancia, lo que trataba de enseñar a su gente, sin éxito, sin embargo, ya que los jóvenes pintos “sólo veían utilidad en el papel para cargar con él sus armas” (243). Durante su estancia en la misión, Oswald conoce también un patriarca indígena quien recordaba una revuelta que ocurrió en 1798 y cuyo padre estaba cultivando ñame sobre el Alto Usumacinta, cuando “el pie de ningún blanco había pisado las tierras altas de Tabasco” (247). Oswald acompaña su descripción del patriarca con un dibujo que muestra a este hombre viejo, de cabello largo, sentado y apoyado en un grueso palo, las piernas encogidas, cubierto con una manta y sandalias en los pies. La fisonomía del hombre es grave e influye respeto. Aquí de nuevo podemos observar la discrepancia entre texto e imagen presente en varios pasajes del libro.

CONCLUSIONES

En páginas anteriores desarrollamos tres líneas de análisis para acercarnos a la obra de Félix Leonard Oswald relativas a sus recorridos por México: la literatura de viaje decimonónica con sus descripciones del “paisaje” natural y humano; la historia ambiental con el concepto clave de naturaleza salvaje o *Wilderness*; la historia de las percepciones con el registro de fenómenos naturales y su efecto sobre las emociones. Nuestro análisis se benefició de una amplia bibliografía existente sobre las tres líneas de análisis mencionadas cuya producción se ha intensificado en las últimas tres décadas y de la que comentamos varias obras a lo largo del texto. Si bien Oswald es hasta a la fecha prácticamente desconocido

en México,¹¹ esperamos que este ensayo contribuya a la difusión de su libro en el país y quizá sirva para que alguna institución o editorial emprenda una traducción al español.

Si ubicamos el libro de Oswald en la literatura de viaje decimonónica, encontramos rasgos comunes con otras apreciaciones en boga, cuando se trataba de opinar sobre los diferentes grupos sociales. Como en Friedrich Ratzel, detectamos en Oswald ideas francamente racistas, sobre todo hacia la población indígena, aunque descubrimos también, como se trató de mostrar, juicios más matizados, sobre todo expresados en los dibujos que acompañan el texto. En este aspecto el libro de Oswald no está a la altura de un barón Henrik Eggers quien, en sus *Memorias sobre México*, plasma ideas mucho más complejas y diferenciadas sobre la sociedad mexicana de los años sesenta y setenta del siglo XIX. Dos autores más con los que contrastamos a Oswald, son John Lloyd Stephens y Edward B. Tylor, el primero porque recorrió también Yucatán, y sus páginas sobre las ruinas mayas son de las más apreciadas en la literatura sobre la región y época. Pensamos que las apreciaciones de las ruinas que escribiera Oswald dan cuenta de su interés y sensibilidad respecto a la gran cultura cuyos vestigios pudo conocer.

El énfasis, que pone el autor belga en la descripción de la naturaleza en sus diferentes zonas climáticas a lo largo y ancho de la república, lo distingue de otros viajeros, más enfocados en los grupos sociales que encontraban en su camino, en la descripción de pueblos y ciudades. Como hicimos notar en el texto, Oswald era un naturalista, eventualmente todavía anclado en la tradición humboldtiana, pero sobre todo inspirado por Henry David Thoreau quien, veinte años antes de *Summerland Sketches* publicó una obra de gran impacto en Estados Unidos que se concentra en la vivencia temporal del autor en un entorno boscoso y dio lugar a una experiencia sensorial intensa. Para el análisis de la relación de Oswald con la naturaleza poco o nada expuesta a la intervención del hombre, nos fue de utilidad el concepto de naturaleza salvaje o *Wilder Ness*, discutido ampliamente en una bibliografía orientada hacia la conservación ambiental, la bioética, y otras disciplinas surgidas en las últimas décadas. El concepto de civilización de Oswald encierra contradicciones. Por un lado, habla de la “civilización enfermiza” y

¹¹ Únicamente Juan Ortega y Medina menciona el libro de Oswald en su edición alemana en la bibliografía de su artículo “La literatura viajera alemana del siglo XIX sobre México”. Véase María Cristina González Ortiz; Alicia Meyer (2015).

“antinatural” que ha destruido la naturaleza en tres continentes, en especial los bosques. Se refiere al Cercano Oriente, Europa y América del Norte, si bien en esta última región la destrucción había avanzado menos. Al mismo tiempo es defensor de la superioridad cultural y étnica europea que observa tanto en la población de Europa como de Estados Unidos.

Los bosques de altura son fuente de emociones positivas para el autor; despiertan en él libertad y felicidad. El bosque adquiere rasgos de un organismo que siente cuando es agredido por el ser humano: las ninfas que lo habitan lanzan llamados de auxilio, las montañas gimen ante la destrucción del hacha, y “la madre tierra [lamenta] la destrucción de su primogénito”. Diferentes son las emociones que experimenta en la selva tropical que conoce en su recorrido por el Usumacinta. Allí se enfrenta a una naturaleza hostil, llena de peligros, sobre todo por ser hábitat de grandes reptiles y mamíferos depredadores. La humedad, el calor y la plaga de los mosquitos causan un constante malestar al ser humano, sin embargo, el autor concluye que no hubiera querido prescindir de esta experiencia, porque, dice, el recorrido por la selva le hizo ver que, como ya se mencionó en el texto, “la tierra no fue creada exclusivamente para el hombre”.

BIBLIOGRAFÍA:

ALÙ, GIORGIA; SARAH PATRICIA HILL. “The travelling eye: reading the visual in travel narratives”. *Studies in Travel Writing* 22.1 (2018) 1-15. DOI: 10.1080/13645145.2018.1470073

ARNOLD, DAVID. *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*. México: FCE, 2000.

CALLICOTT, J. BAIRD; NELSON, MICHAEL P. (eds.). *The Great New Wilderness Debate*. Athens, GA: University of Georgia Press, 1998.

CALLICOTT, J. BAIRD; NELSON, MICHAEL P. (eds.). *The Wilderness Debate Rages On: Continuing the Great New Wilderness Debate*. Athens, GA: University of Georgia Press, 2008.

CRONON, WILLIAM. “The Trouble with Wilderness; or, Getting Back to the Wrong Nature”. *Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature*. William Cronon (ed.) Nueva York: W. W. Norton & Co., 1995. 69-90.

- EGGERS, HENRIK. *Memorias sobre México*. México: Porrúa, 2005.
- FELD, STEVEN. "Places Sensed, Senses Placed: Toward a Sensuous Epistemology of Environments". *Empire of the Senses. The Sensual Culture Reader*. David Howes (ed.). Oxford, Nueva York: Berg, 2005. 179-191.
- FRIESEN, VICTOR CARL. "A Tonic of Wildness: Sensuousness in Henry David Thoreau". *Empire of the Senses. The Sensual Culture Reader*. David Howes (ed.). Oxford, Nueva York: Berg. 251-264.
- FUMAGALLI, MARÍA CRISTINA; PETER HULME; OWEN ROBINSON; LESLEY WHILIE. *Surveying the American Tropics. A Literary Geography from New York to Rio*. Liverpool: Liverpool University Press, 2013.
- GERASSI-NAVARRO, NINA, "The Art of Observation: Race and Landscape in a Journey in Brazil". *Surveying the American Tropics. Literary Geography from New York to Rio*. María Cristina Fumagalli; Peter Hulme; Owen Robinson; Lesley Wylie, (eds.). Liverpool: Liverpool University Press, 2013. 313- 345.
- MACKENTHUN, GESA. "Imperial Archaeology: The American Isthmus as Contested Scientific Contact Zone". *Surveying the American Tropics. Literary Geography from New York to Rio*. María Cristina Fumagalli; Peter Hulme; Owen Robinson; Lesley Whilie (eds.). Liverpool: Liverpool University Press, 2013. 101-130.
- MARX, LEO. "The idea of nature in America". *Daedalus* 137.2 (2008): 8-21.
- MORELET, ARTHUR. *Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán*. Mérida: UNAM-CEPHCIS, (Viajeros. Colección: Osa Menor. 2015. t.1.
- ORTEGA Y MEDINA, JUAN. "La literatura viajera alemana del siglo XIX sobre México". *Obras de Juan A. Ortega y Medina*, 3, Literatura viajera. María Cristina González Ortiz; Alicia Meyer (eds.). México: UNAM, 2015. 319-332.
- OSWALD, FELIX LEONARD. *Days and nights in the tropics*. Boston: Lothrop 1887.
- OSWALD, FELIX LEONARD. *Zoological Sketches: A contribution to the Out-Door Study of Natural History*. Philadelphia: J.B. Lippincott and Co. 1883.

- PIMENTEL, JUAN. "El volcán sublime. Geografía, paisaje y relato en la ascensión de Humboldt al Chimborazo". *Ansichten Amerikas. Neuere Studien zu Alexander von Humboldt*. Ottmar Ette; Walther L. Bernecker (eds.). Frankfurt: Vervuert, 2001. 117-135.
- PITMAN, THEA. *Cuadernos de Viaje: Contemporary Mexican Travel – Chronicles*. Tesis de doctorado. Reino Unido: University College London. 1999.
- PRATT, MARY LOUISE. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: FCE, 2010.
- RATZEL, FRIEDRICH. *Aus Mexico. Reiseskizzen aus den Jahren, 1874 und 1875*. Breslau: J. U. Kern, 1878.
- RICHARDSON, ROBERT D., JR. Henry Thoreau. *A Life of the Mind*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- RUZ, MARIO HUMBERTO (coord.). *Paisajes de río, Ríos de paisaje, Navegaciones por el Usumacinta*. México: UNAM/Consejo de Ciencia y Tecnología, Estado de Tabasco, 2010.
- STEPHENS, JOHN LLOYD. *Incidents of Travel in Yucatan*. Volumen II. Nueva York: Harper & Brothers, 1843.
- THOREAU, HENRY DAVID. *Walden: A fully annotated edition*. New Haven; Londres: Yale University Press, 2006.
- TORRAS CONANGLE, ROSA. *Colonización y colonialidad en una selva de frontera. La cuenca campechana del río Candelaria (siglos XIX y XX)*. Mérida: UNAM, 2019.
- TORRAS CONANGLE, ROSA. *La tierra firme de enfrente La colonización campechana sobre la Región de Los Ríos (siglo XIX)*. Mérida, México: UNAM, 2012 (Monografías 16).
- TROELSTRA, ANNE, SJERP. *Bibliography of Natural History Travel Narratives*. The Netherlands: KNNV Publishing, 2016.
- TYLOR. EDWARD B. *Anahuac: or Mexico and the Mexicans, Ancient and Modern*. Londres: Longman, Green, and Roberts, 1861.
- VADILLO, CLAUDIO. *La región del palo de tinte: El partido del Carmen, Campeche. 1821-1857*. México: Gobierno del Estado de Campeche / Conaculta. 1994.

VENTURA, ANTOINE. “Viajeros y naturalistas (s. XV-XIX, Europa-América) o cómo viajar sin precauciones por un tema torrencioso”. ELOHI [En línea] 9 (2016). DOI: 10.4000/elohi.98

VILLEGAS, PASCALE. *La península de Yucatán en la correspondencia consular de Francia en Campeche, 1832-1850: D´Hauterieve, Faramond, Laisné de Villevêque*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ Universidad Michoacana de san Miguel de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas, 2022.

VILLEGAS, PASCALE; ROSA TORRAS. “La extracción y exportación del palo de tinte a manos de colonos extranjeros. El caso de la B. Anizan y Cía”. *Secuencia* 90: (2014) 79-93.

JOHANNA VON GRAFENSTEIN

ORCID: 0000-0003-2265-0701

(jvon@institutomora.edu.mx)

Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora-investigadora del Instituto Mora. Líneas de investigación: El Caribe como región geohistórica; historia del Caribe y sus vínculos económicos y administrativos con la Nueva España; intereses y conflictos internacionales en el Caribe; historia e historiografía de Haití.